



EL VIAJE

ALBERTO JIMENEZ URE

La víspera escribí, (1) si mal no recuerdo, que Liscano es hacedor de una poesía de fundamentación heroica: porque, a despecho de sus investigaciones folklóricas, su lira no está invadida por la boga criollista venezolana. Producto, tal moda, de una bien dirigida campaña de envilecimiento intelectual por parte de algunos autores. No pretendo, en ningún caso, subestimar al folklore venezolano: pero sí, lo confieso sin rencor, quiero darle el lugar que merece dentro de la Literatura Universal. A mi juicio, a través de argumentos de un criollismo obstinado, en Venezuela se construye abundante y fácil poesía.

Liscano, en cuyo **Nuevo Mundo Orinoco** anuncia ya cierta influencia Gnóstica, parece admitir en su madura poesía la veneración que siente por lo intuitivo. Dije, en un breve comentario respecto al citado libro, que el poeta abre una ruta hacia la ejecución de una poesía paleontológica: donde el todo interior despierta al consciente. El Ser, su desvelamiento, y la sabia quietud del alma que le representa evocan la remota secta de los metafísicos. Liscano lo ha confesado en algunas entrevistas: "**La literatura venezolana requiere una dosis de metafísica**". Hace tan acertada afirmación, y sus textos la abundan.

Ahora me ocupa **El Viaje** (2), su último libro de poemas. Según Liscano, es un libro accidentado (no accidental). Hace diez años lo extravió, cuando estaba en manuscrito, un amigo suyo. A partir de **El Viaje**, el poeta habita un lugar perfectamente suyo: y la obra a la que confía la misión de reflejarlo, adquiere el rigor óntico ya consagrado en **Nuevo Mundo Orinoco**. He aquí **El Viaje**:

**He viajado dentro del viaje hacia las fuentes escondidas
He sentido el horror del océano en tinieblas de fuegos nebulosos**

Una vez instalado en su espíritu, en su ego, en su conciencia, Liscano deja escapar una poesía de dictados religiosos. Se siente, sin embargo, solo. Desterrado, al parecer, a voluntad:

(1) Diario *El Impulso*; octubre de 1977.

(2) LISCANO, Juan: *EL VIAJE*, Ediciones del Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes. Mérida, 1978.

**Me he visto en un escudo de águila con las alas podadas
Soy Martín Pascual, don Nadie, Juan de nauta,
Juan de la noche, Juan sin apellido, el desterrado. . .**

Es importante advertir en Liscano a un náufrago, a un hombre cuyo largo tránsito por la vida le ha dejado luces pero también decepciones: **"Hace tiempo vago sin la paz de un rumbo"** —dice—. Es ahí donde se gesta el estoicismo del poeta que, a lo largo de un camino que no es rumbo, siembra un canto metafísico. La musicalidad surge de nuevo, y la fluida escritura que la porta propaga mensajes en el tiempo. Existe, en este punto, si mi juicio no me engaña, una correspondencia con Cadenas. Correspondencia que no llega a ser semejanza. Porque Cadenas se acerca más a los aforismos, y Liscano a los problemas del Ser.

La vida asume al ente, aunque parezca absurdo, como el ente a ella: situación paradójica, sin duda, que hace realidad las cuestiones del espíritu. El hombre necesita de su intuición sensible, de sus facultades más profundas y desconocidas, para sobrevivir al cálculo. Si nacimos en el vientre de una tierra furiosa, moriremos en su psiquis. Es el recorrido infalible de un poeta que ve otra orilla. Es una ruta a la cual la extrema percepción conduce. Primero la angustia, luego la reflexión por sobre los actos, y después la quietud: Liscano yace ahí; en la paz de un tiempo que, pese a habitarlo, le es misterioso. Porque el tiempo no pertenece al hombre, como ente físico, sino a la conciencia.

Las líneas del poeta sostienen mis afirmaciones:

**Escribir es sacar a los muertos de sus tumbas
representar las interminables tramas del olvido del amor y del recuerdo
revolver la memoria en procura de fragmentos y restos de civilizaciones
extintas. . .**

El tiempo es misterioso porque nos hace existentes, fuera de los sentidos. Agota los verdes campos, las mujeres hermosas y envejece al igual que la bondad. Pero envejece por partículas, en seres aislados. Envejece porque es, además, implacable consigo mismo: destino del que participamos, de una u otra forma quienes interpretamos la vida a través de las letras. Liscano aborda sus reflexiones, y con él yo:

**Recuerda que recordarás al final asomado al borde del vacío manoteando
tú ya mitad de vidrio y de circuitos. . .**